

Que traigan su palabra y la estremezcán
como un ramo de estrellas y de tordos
en la mitad del campo, amigo mío.
En el centro del miedo y del sollozo.

Nos traigan los poetas en sus labios
un beso de mistela, un vaso roto
de sol y de esperanza, dulce tribu
sin contagiar aún. Nos den su trozo

de lumbre y de ternura necesarias;
las barcas iniciales, los arroyos
en el costado, el hijo que llevamos
plantado en nuestra sangre como un chopo

de amanecer tan alto. ¡Vengan, vengan
con el asombro en cinta! Inútil todo
si ellos no lo rozan lentamente,
sacerdotes del día, magos otros

que una piedra levantan y encontramos
un lucero temblando luminoso
debajo de la tierra. Con urgencia
han de venir. Los cito, los convoco,

amigo, mientras haces con tu mano
cardos de bronce, cardos melancólicos
de hojalata aterida en esta Mancha
que le pincha el calambre a Tomelloso.

Valentín ARTEAGA

